



Santidad en Fátima

Cuando Nuestra Señora se apareció en Fátima el 13 de Mayo de 1917, Francisco Marto tenía 9 años de edad; su hermana Jacinta tenía 7. Un siglo después, el Papa Francisco los llamó santos de la Iglesia. ¿Qué hicieron estos pequeños niños en su corta vida (ambos murieron antes de alcanzar los 11 años) para merecer veneración universal como modelos de santidad Cristiana? (La misma pregunta aplica a la tercer visionaria, Lucia dos Santos, 10 años de edad en 1917, quien vivió hasta los 97 años y probablemente será canonizada pronto). Un incidente clave de ese verano memorable echa luz a la respuesta.

La mujer vestida de blanco les dijo a los niños que rezaran el rosario diariamente e hicieran sacrificios por lo pecadores, y rápidamente se pusieron a hacer estas cosas. Luego los invitó a ir más lejos: “¿Se ofrecerán a Dios y llevarán todos los sufrimientos que Él les envíe?” Las diminutas voces contestaron al unísono: “Lo haremos.” Y ellos procedieron a cumplir su promesa a la Señora con un valor más allá de sus años.

A mediados de Julio, a medida que la voz de las tres apariciones mensuales se propagaban por Portugal, el gobierno hostil

anticatólico se alarmó ante la creciente multitud de espectadores. Arturo de Oliveira Santos, jefe del consejo de administración del área de Fátima, estaba decidido a evitar la esperada repetición de los misteriosos acontecimientos del 13 de Agosto. El presionó a los niños a que le dijeran el “secreto” de la Señora (lo cual se negaron a revelar a nadie) y prometer no regresar a Cova da Iria, donde ocurrieron las apariciones. Si regresaban, Santos los amenazaba, la ira del gobierno caería sobre sus padres. Pero su intento de intimidar fracasó completamente: sin la menor vacilación, como si con una sola voluntad, los niños se negaron a ceder.

Sin control, Santos decidió sobre un ataque sorpresa. Cuando los visionarios se prepararon para ir a la Cova el 13 de Agosto, se los llevó hacia Ourem, a nueve millas de distancia, y los echó a la cárcel. Habiendo mostrado su poder con tanta fuerza, él les instó severamente a revelar el secreto y a confesar que la historia había sido inventada. Los niños dijeron que preferían morir, con lo que el visiblemente enojado Administrador amenazó con arrojarlos vivos a una tina de aceite hirviendo. Cuando uno de los guardias dijo que el aceite estaba listo, Jacinta fue llevada fuera de la habitación, después Francisco, y finalmente Lucía. Al verse uno al otro en la habitación de al lado, los niños se sorprendieron al descubrir que sus salidas no habían llevado al martirio que esperaban sufrir.

Cien años después, miramos hacia atrás en

esta escena con entretenimiento en el merecido reproche del administrador. Sabemos que Santos nunca intentó matar a los niños; sabemos que no había aceite hirviendo. Pero los niños impresionables no sabían esto en ese momento. Por el contrario, creían firmemente que su amenaza era verdadera. Estaban dispuestos a morir por la fe, y esperaban morir.

Tal transparente valor invita a la comparación. Cuando yo tenía diez años, ¿hubiera hecho lo que ellos hicieron solo por guardar un secreto celestial? ¿Lo haría hoy? ¿Lo harías tú? ¿Cómo podemos sacar fuerzas de una confianza parecida a la de Fátima en la misión secreta que Dios nos confía, aun frente a la muerte?

Esta pregunta requiere una investigación más profunda sobre otros sufrimientos libremente aceptados que llegaron a los hijos escogidos de Nuestra Señora de Fátima. Porque, una vez liberados de su encarcelamiento común, a cada uno de ellos se les dio una cruz únicamente ajustada al tamaño de su hombro. En una columna del futuro veremos cómo cada uno de ellos la llevó.